

ESQUINAS Y RINCONES.

Por Federico Villoch.

MENUDO, deambulando sin dirección ni propósito fijo por nuestra querida Habana, ya a pie, ya en tranvía, ya en máquina propia, el que la tenga, ya en uno de esos panzudos y destartados Omnibus Aliados—aliados a los mismísimos demonios—que zarandean al indefenso pasajero como un lío de ropa sucia, cruzamos rápidos ante infinitas «esquinas y rincones» que despiertan en nuestra memoria un mundo de alentadores recuerdos y cuyas transformaciones, a veces radicales, no logran, sin embargo, borrar del todo la vieja postal descolorida, que de ellas y de ellos, conservamos todos en nuestra mente. He ahí, o mejor dicho, he ya en lo pretérito, esa «esquina de Chacón y Cuba», donde estuvo la antigua Maestranza de artillería del gobierno de la colonia; y donde en la actualidad se levanta una flamante Estación de Policía; ella nos recuerda las tardes en que íbamos a la Biblioteca Nacional, allí instalada en varios de sus departamentos. en busca de datos y orientaciones para más de uno de nuestros trabajos pseudo-históricos. En la amplia azotea del propio edificio, desde la que se dominaba una espléndida vista del puerto de la Habana y de las lejanas cumbres de «Guanabacoa la bella», existían en tiempos de la colonia varios pabellones ocupados por jefes y oficiales del Ejército, en uno de los cuales vivía el culto periodista militar, director del «Diario del Ejército», don Severo Gómez Núñez, amigo fraternal de todos los de la clase, al que con frecuencia visitábamos, y cuyas afectuosas cartas de presentación de tanto nos valieron cuanto rendimos nuestra primera visita a los Madriles.

Sabíamos que Gómez Núñez ocupaba, después de su retirada de Cuba, un puesto de importancia en el Ministerio de la Guerra, en Madrid. ¿Lo conservará aun, y con él, la vida, después de la horrible tormenta que acaba de azotar España? Maestros y emp'eados también recordarán el caserón de la Maestranza, de cuando en él se albergaba la Secretaría de Instrucción Pública; y decimos «albergaba», porque nunca tuvo hogar propio; y aun al presente vive de prestado, en el edificio que fué de nuestra primera Cámara de Representantes; la que conjuntamente con el Senado—y gracias a Carlos Miguel de Céspedes—tiene hoy un palacio propio que «le zumba», en la Mole del Capitolio Nacional.

Y ahora ¿esta es la esquina de Toyo? Esta es la esquina de Toyo, sólo que en lugar de aquel destartado caserón de madera pintado de azul, a estilo de vieja posada de camino, del tiempo de Velázquez—el «Bodegón de Toyo»—se yergue hoy una magnífica fabricación de cantería y ladrillos, del

estilo más moderno. Al caserón de Velázquez venían los arrieros y vaqueros de los alrededores, guareciendo sus vacas y sus arrias bajo el amplio portal con piso de tierra muerta, en el que se oía un sonar constante de cencerros, rebuznos y trallazos. Arriba se alquilaban camas—catres—a cuarenta centavos la noche; y en la entrada de la hambaleante y tosca escalera de tablones que conducía al alto, se leía en un cartón, pintado a mano, el anuncio de un doctor González, dentista, que mediante un peso—y una llave inglesa—le extraía las muelas a los dolientes campesinos que tenían sus negocios en la calzada próxima. La bodega de Toyo hervía de trajinantes. La esquina de Toyo era como ansiada Meca de los guajiros que venían con sus carrromatos, sus arrias de carbón y sus serones abarrotados de viandas, lechones y aves, de San Miguel del Padrón, de Arroyo Naranjo, del Campesino de la Víbora, de Luyanó, de los Cuatro Caminos, del Cotorro, de Santa María, y todos los pueblos caseríos que entonces se levantaban en los alrededores, sin otra vía de comunicación que las arrias de aquellos campesinos. Así ganaron fortuna, unas tras otras, los dueños de la esquina de Toyo, de los que se recuerdan, de los más antiguos, a Vicente Cueto, y de los últimos, de ayer, a Sánchez y Hermano; hoy es dueño de la casa moderna restaurant y bar con todas las de la ley, don Antonio Prats, el guajiro.

En la acera de enfrente, por la Calzada de Jesús del Monte, se hallaban, y se hallan aún, la popular «Panadería de Toyo», fundada el año 1832, y propiedad, según su rótulo, de don Ramón de Campoamor—lo que daba lugar a bromas—; y el célebre «Bodegón de Toyo», junto al que el dinámico e incansable Carlos Miguel de Céspedes abrió hacia el año 1928 la calle de San Leonardo que le dió tanta amplitud y desahogo a aquellos sitios. Todas las viejas casas de madera que se levantaban en la Esquina de Toyo han desaparecido al presente, transformándose en lo absoluto.

El antiguo tendejón de madera, con su techo gacho cubierto de mohosas tejas españolas, sus tabiques con más rendijas y aspilleras que tabiques y sus canalones para las aguas pluviales que caían como duchas sobre los indefensos transeuntes, esquina en una de las principales vías de la ciudad, estaba pidiendo a voces un simulacro de incendio que lo quitase del sitio. Detrás del «Bodegón de Toyo» tenía el negro Antonio Sabá, tan conocido entonces en la Víbora, su picadero y cuadra de caballos, donde adiestraba y preparaba un buen número de ellos para vendérselos a los entusiastas de la equitación, tan abundantes en aquella fecha, como escasos al presente. Sabá salía todas las tardes en algunos de sus potros para arrendarlos, en

2

pintoresco «guatrapeo» criollo, desde el Bodegón, hasta más allá de la Vibora, despertando el deseo de su clientela, que la contaba, y bien crecida, en la barriada de Jesús del Monte y demás pueblos vecinos. En este negocio llegó a reunir Antonio Sabá un capitalito de importancia, con el que de seguro habrá sobrellevado su vejez y la decadencia del negocio: hoy los caballos los llevan los automóviles debajo del capó.

Paseando tardes atrás con un amigo en su máquina, éste nos dejó en ella unos momentos, en el Parque de San Juan de Dios, para que le esperásemos mientras él hacía a pie unas diligencias por aquellos alrededores, lo que nos ofreció la oportunidad de contemplar las modernas fabricaciones que rodean el abandonado parquecito, y recordar las antiguas que, habrá una buena ristra de años, allí se levantaban, sobretodo en la acera de la derecha, mirando para la calle de Aguiar, y paralelas a la casa que era del doctor Julio de Cárdenas, en la calle de la Habana. Allá por los años 84, 85, etc., existía en aquella acera una media docena de casitas de mampostería, de sencilla y antigua construcción y techos de tejas, que casi se tocaban con las manos, en una de las cuales, en la del centro, vivía un joven, incipiente dentista, amigo y comprovinciano del postalista. Frecuentemente celebrábamos allí alegres veladas de bohemia; hasta que una noche, enseñándonos en el interior de uno de esos moldes de barro que se emplean para hacer las dentaduras, una buena cantidad de centenes alfonsinos que había reunido con sus primeros trabajos, nos dijo, animoso:

—Con esto me embarco mañana para Nueva York; allí me hago de mi título, y ya veremos...

Algunos años después, los precisos para desenvolverse en su carrera un joven activo e inteligente, en el balcón de un elegante primer piso de la Avenida de la Opera, de París, se leía, en un gran letrero dorado sobre fondo negro, este anuncio: DR. OSCAR AMOEDO, DENTISTA AMERICANO, y no daba abasto el humilde jovencito de la Plaza de San Juan de Dios para atender a su numerosa clientela, de lo más rico y distinguido de las colonias hispanoamericanas, y aun de la más escogida aristocracia parisién. Oscar Amoedo se casó en París, instituyó una familia honorable, levantó una fortuna, obtuvo premios de importancia en varios concursos odontológicos internacionales y fué uno de

sigue -



4

infelices heroínas del amor, por el estilo...

Además hallábanse instalados en aquellos terrenos varias barracas en las que se ofrecían al público exhibiciones científicas muy interesantes e instructivas: proyecciones, ensayos, novedades de óptica y cinematografía recientemente descubiertas, que se enseñaban entonces como entretenidos juguetes y que el tiempo acabaría por convertir en asombrosas y verdaderas realidades. En tiempos de la Guerra Mundial se celebraron allí varias tómbolas a beneficio de la Cruz Roja Cubana: Cuba como potencia aliada, contribuía a la guerra mandándole a los soldados cajas de dulce de guayaba y cajetillas de cigarrós; y cobrando el azúcar a treinta centavos la libra... De entonces vino cambiarle el nombre a la Calzada de Galiano, por el de Avenida de Italia, nación con la que, mediante su Ministro aquí en la Habana, el señor Carrara, sosteníamos las más estrechas relaciones.

Los francachelistas de aquella época no se habrán olvidado de la esquina de Galiano y Reina: allí se asentaba el restaurant El Suizo, célebre por sus cenas galantes; cenar en El Suizo suponía un portamonedas surtido, y un exquisito paladar. Fraga, su propietario, hallábase siempre a la entrada del restaurant para recibir y complacer a su manchantería, por lo general gente de las que «manejaban» y sabían gastarse los centenes. Las mamás y los papás que hoy van a calzarse a la peletería «La Moda», en Galiano y San Rafael, difícil es, por lo pintoresco y original que resultaba, que se hayan olvidado de una enorme gallina de juguete que por aquella fecha se exhibía en los portales del citado establecimiento, y a la cual se le echaba por el pico una moneda de a dos centavos, o sea una calderilla grande, que era lo que corría entonces, y a su vez la gallina, por el sitio correspondiente, ponía un huevo contenido grageas caramelos, confites, pastillas de menta u otros pequeños dulces por el estilo. La gallina estuvo exhibiéndose en aquel portal muchos años, hasta que un día desapareció; e hizo bien la pródiga gallina en levantar su vuelo a tiempo y alejarse de aquellos lugares peligrosos, pues de continuar en ellos, seguramente no lo hubiera pasado bien en las actuales circunstancias, en las que, al parecer, tantos impacientes y obcecados se empeñan a todo trance en «matar la gallina de los huevos de oro».

En esta otra esquina, la de Neptuno y Galiano, estuvo la sociedad de recreo catalana «La Coya de San Mus»; después el teatro Cuba; luego el Molino Rojo, donde, como decía el cronista Pancho Hermida, molían oro sus empresarios Misa y compañía, con la célebre Chelito; más tarde el teatro Regina, donde unos jóvenes inexpertos dejaron una fortuna; y al presente se halla el Radio Cine, al que en breve le hará la competencia uno enorme para «cien mil» espectadores que se está fabricando en la esquina opuesta de Galiano y Concordia; fíjense ahora los jóvenes transeuntes curiosos en las enormes excavaciones que allí se están llevando a cabo para levantar los cimientos del edificio

que se proyecta, y puedan de aquí a treinta o cuarenta años dar cuenta de ello, con la emoción que siempre despierta haber sido testigos de estas grandes edificaciones del pasado. Con qué satisfacción dirá un octogenario del año 1999: Yo vi cuando echaron los cimientos de este edificio!

Una sucesión de esquinas que recorre la memoria, en conjunto, y sin detenerse en detalles: la del antiguo café El Tiburón, de Prado y San Lázaro, tan alegre en las antiguas verbenas de San Juan; la de los desaparecidos cafés «El Biscuit», de Prado y Cárcel, hoy Hotel Packard; y «El Alba» hoy Palacio de Velasco, donde una colonia de comerciantes aficionados a la pesca se reunía en las madrugadas de los domingos, para dirigirse con sus equipos a la próxima «Puntilla», y en frágiles canoas y chalanas a remo, echarse Morro afuera a la pesca del pargo, o lo que cayera; la esquina de Compostela y Cuarteles, donde se levantaba un tiempo la mansión del notable violinista cubano Jiménez, frente al atrio de la iglesia del Santo Ángel Custodio en que Villaverde colocó la trágica boda de Leonardo de Bengoa e Isabel de Lincheta, en su inmortal novela «Cecilia Valdés». No se explica que el Ayuntamiento no haya levantado allí un busto del genial novelista.

Esa rinconada de Cuarteles, Habana, Peñapobre y Compostela, era el campo de las famosas «fiestas de San Rafael», a la que acudía toda la Habana desde la víspera del día 24 de octubre, para asistir a la salve que se cantaba en la citada iglesia; y a los bailes que se daban en casi todas las casas de los alrededores, unos con piano solo; otros, con las pequeñas orquestas que se denominaban «francesas» y se componían de piano, violín y flauta. El pianista era el que asumía la dirección de este grupo musical que solía ampliarse a veces con un clarinete y una viola, resultando de una sonoridad tenue y sumamente agradable; solían desempeñar la plaza de pianista los populares entonces muy jóvenes maestros, Antonio Torroella, «Papaño», después, cuando entró en más años; Alberto Saldarriaga, Ramoncito Prendes; y Fernandito Marín; Peñita vino algunos años más tarde.

Constituían la nota pintoresca de las fiestas de San Rafael los innumerables puestecillos que se levantaban a lo largo de la calle y al lado de las aceras, en los que se freían y vendían las clásicas «tortillas de San Rafael», que todo el mundo se creía obligado a comer para cumplir con la tradición. Había que andar ojo avizor con las peleas y riñas de «guapos» y de «ñáñigos» que se suscitaban a menudo, escogiendo aquella fecha para dirimir sus rivalidades de barrio; menos mal que sólo usaban el arma blanca para el combate—la clásica navaja—y los descalabros y heridos se contaban nada más que entre ellos. Los celadores y salvaguardias se multiplicaban para mantener el orden. En lo físico y en lo moral, estos celadores eran la copia exacta de aquel típico Cantalapie-

dra que coloca Cirilo Villaverde en su novela. comisario precisamente de aquel barrio de Angel siempre de ronda, a zancajos, por Cuarteles, Tejadillo, Peña Pobre, etc. De aquellos celadores e inspectores del tiempo de España recordamos al célebre y popular Trujillo Monagas, a quien especialmente le encargaban los registros y las detenciones políticas, en cuyos actos fuerza es confesar que guardaba siempre la mayor moderación; a Méndez, Aranguiz, Prats, Riambau, Torrens y a Recio y a Mavilio. Estos dos últimos cayeron al fin víctimas de aquellos «ñañigos», al promediar en una riña que sostenían. Recio, en la calle de Chavez; y Mavilio, en el barrio de Colón. Hoy las fiestas de San Rafael han quedado reducidas a las ceremonias religiosas: la salve. y la misa mayor cantada, con su sermón correspondiente.

Ahora la calle de Cuarteles, con el derribo de la antigua Maestranza de Artillería, ha sido abierta hasta el mar; y aquella rinconada ha empezado a perder su embrujo característico: vienen a transformarlo todo, en todos los órdenes, las «nuevas vías». Recomendamos a los descoñidos que acostumbran a deambular ante las «esquinas y los rincones» de la vieja Habana, lo hagan con tiento; no sean un día arrollados, sin darse cuenta, por los cilindros y las aplanadoras del progreso urbano.

En aquellos tiempos del «alumbrado de gas», tan propicios al romanticismo y la aventura, levantábase una casita de tejado—otro rincón—en una esquina de la calle de Peña Pobre, con un farol a la puerta, de aquellos que encendía un chino soplando en el extremo de un largo palo que llevaba al hombro, a la que acudíamos varios amigos a cenar y bailar algunas noches, figurando de vez en cuando en el grupo. don José Ignacio de Armas, de la ilustre familia de los Armas, ya maduro; pero amigo de la juventud intelectual y divertida. De aquel farolillo de temblona llama y cristales ahumados y de aquellas alegres veladas, nos acordamos cuando oímos cantar el lindo vals de Agustín Lara:

**Farolito que alumbra apenas
mi calle desierta...**

Este tema de las ESQUINAS Y RINCONES de la vieja Habana, da mucho de sí; pero no queremos cansar a nuestros asiduos y benévolos lectores, por lo que vamos a que se quede para más adelante el continuarlo.

Mu. Sep. 24/39